



Quién es fascista (Chi è fascista)

AUTOR / AUTHOR

Emilio Gentile

TRADUCCIÓN / TRANSLATION

Carlo A. Caranci

EDITORIAL / PUBLISHING COMPANY

Madrid, ALIANZA, 2021, 222 pp.

■ Recibido / Received
27 de enero de 2022

■ Aceptado / Accepted
6 de julio de 2022

■ Páginas / Pages
De la 283 a la 286

■ ISSN: 1885-365X

En su manual de introducción a las ideologías políticas —un texto muy frecuentado por universitarios angloamericanos desde su aparición en 1992—, Andrew Heywood delineó con precisión las dos líneas de análisis sobre el futuro de la ideología que conocemos como *fascismo*. Para muchos autores, fundamentalmente historiadores, el fascismo «fue el producto de una combinación de circunstancias única y dramáticamente combustible que surgieron durante el período de entreguerras». Y, como estas circunstancias no pueden replicarse, «el fascismo es una ideología sin futuro; en efecto, murió en 1945, con la derrota de las potencias del Eje». Otros, en cambio, entienden que el fascismo es una amenaza constante enraizada en la psicología humana. La civilización moderna, diría Erich Fromm, trae consigo mayores cotas de libertad individual, pero también inseguridad y aislamiento. En épocas de crisis, muchos individuos están dispuestos a sacrificar su libertad «y a buscar seguridad en la sumisión a un líder todopoderoso o a un estado totalitario». El fascismo, concluyen entonces no pocos intelectuales, artistas y filósofos, «podría revivir cada vez que surjan situaciones de crisis, incertidumbre y desorden, y no solo cuando coincidan un conjunto específico de circunstancias» (*Political Ideologies. An introduction*, Red Globe Press, 7.^a ed., 2021, pp. 166-167).

Sin duda, esta segunda línea de análisis es la que resulta más conocida para el público fuera de la academia. No en vano, permea gran parte de los relatos de ficción basados en la historia del siglo xx, es un tropo de uso frecuente en el discurso de los políticos europeos de izquierda y fue, junto con el antisemitismo, uno de los tabúes que guio la reeducación democrática que Estados Unidos impuso a la población alemana en el periodo inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial, como Paul Gottfried expuso muy brillantemente en *La extraña muerte del marxismo* (Ciudadela, 2007, pp. 144-161). Sin embargo, a setenta y cinco años de la última conflagración mundial, el uso del término *fascista* arrastra todos los problemas que genera la inflación semántica de los conceptos políticos, como nos sucede hoy con la palabra *populista*. De ahí lo oportuno del título de este librito del historiador Emilio Gentile (1946), que se propone aclarar quién es fascista acudiendo al método comparativo en historia para establecer si hoy en día «existe realmente una vuelta del fascismo que amenaza a la democracia» (p. 25). Después de Renzo de Felice, que fue su maestro, Gentile pasa por ser uno de los historiadores cuya obra ha suscitado las discusiones más ricas sobre el fascismo. Merece la pena, por tanto, conocer de primera mano su punto de vista sobre un asunto

que, con justificación o sin ella, desborda la historiografía para dar de lleno en un análisis sociopolítico del momento presente.

Yendo al grano, la respuesta de Gentile es que no, no hay una vuelta del fascismo. Pero el autor va más allá: tampoco la ha habido después de 1945. Desde entonces ha sucedido lo siguiente:

Se ha definido como 'fascistas' al régimen de Perón, en Argentina, la república presidencial de Charles de Gaulle en Francia, los regímenes de partido único del Tercer Mundo, la dictadura de los coroneles en Grecia, la presidencia de Nixon, los regímenes militares de América Latina, pero también las democracias burguesas y los regímenes comunistas mismos. Además, en años más recientes, se ha hablado de 'fascismo rojo' a propósito de la izquierda extraparlamentaria y de los grupos terroristas comunistas, y de involución 'fascista' del régimen comunista chino con ocasión de la matanza de la Plaza de Tiananmen en Pekín (3-4 de junio de 1989). Recientemente se han acuñado nuevas categorías de fascismo, como la de 'fascismo del Próximo Oriente' para definir a los regímenes de Sadam Husein en Irak y de Ásad en Siria. Y, para llegar a nuestros días, la lista de los fascistas de hoy, que se alarga continuamente en las crónicas diarias, enumera entre sus exponentes más citados a la francesa Marine Le Pen, al húngaro Viktor Orbán, al turco Erdoğan, al italiano Matteo Salvini, al estadounidense Donald Trump y al brasileño Jair Bolsonaro (pp. 66-67).

Ahora bien, ¿qué tienen en común personajes, grupos y regímenes políticos tan disímiles, distantes en el tiempo y en el espacio geográfico y cultural? Al etiquetarlos a todos como fascistas, no solo se desdibujan sus rasgos específicos, se impide también «un conocimiento realista y racional de la realidad en que vivimos» (p. 27) y hasta se puede favorecer «la fascinación por el fascismo de los jóvenes que poco o nada saben del fascismo histórico pero se dejan sugerir por su visión mítica» (p. 12). Para convencer al lector del valor de su punto de vista, Gentile resume en formato de autoentrevista, con tono divulgativo, las muchas conclusiones alcanzadas a lo largo de más de cuarenta años de estudio del fenómeno fascista, que en castellano se pueden leer en obras como *Fascismo: Historia e interpretación* (2004), *El culto del littorio* (2011), *El fascismo y la marcha sobre Roma* (2015) o *Mussolini contra Lenin* (2019).

Por no alargar innecesariamente una reseña que pretendo que sea introductoria, destacaré las tres mejores tesis del libro. La primera y más importante es la que aboga por una consideración histórica y cultural del fascismo. En segundo lugar, considero muy lograda la ponderación del papel de Mussolini dentro de este fenómeno. Por último, cabe señalar el esfuerzo de Gentile por diferenciar la crisis de la democracia a la que asistimos hoy —de la cual el auge populista sería un epifenómeno— y la experiencia histórica del fascismo.

En cuanto a lo primero, el autor es fulminante en su refutación de la tesis del fascismo eterno, popularizada por Umberto Eco en una conferencia de 1995. Para ello, Gentile acude primeramente a razonamientos lógicos: si el fascismo es algo que siempre vuelve, «habrá que reconocer entonces que el antifascismo no ha derrotado realmente al fascismo en 1945» (pp. 15-16). Peor aún, «si existe un fascismo que vuelve perpetuamente, esto quiere decir que el antifascismo está destinado a una continua derrota» (p. 22). Obviamente, ningún personaje público que hace sonar la alerta antifascista pretende con ello decir que la historia se esté repitiendo tal cual. La idea es, más bien, que el fenómeno vuelve bajo otras formas. Ahora bien, para Gentile, si queremos entender el impacto de un movimiento político novedoso,



como fue el fascismo, son precisamente sus formas originales las que conviene no soslayar. Como, por ejemplo, que fue un fenómeno de entreguerras, erigido en torno a un partido milicia, militante y militarizante para la expansión imperial, una religión política y un régimen totalitario que sirvió de «modelo de otros partidos y regímenes surgidos en el mismo período en Europa, para acabar luego arrollado y destruido por la derrota militar en 1945» (p. 29).

Si eliminamos los rasgos históricos del fascismo, lo desfascistizamos y nos queda un vocablo vacío. «Sería como si, por ejemplo, del comunismo soviético eliminásemos el bolchevismo, del bolchevismo eliminásemos el partido como vanguardia de revolucionarios de profesión, o como si del nacionalsocialismo eliminásemos el antisemitismo y el racismo» (p. 33). Al final del libro, se incluye un epílogo imprescindible (pp. 206-211), con un mapa conceptual que resume en diez puntos los aspectos organizativos, culturales e institucionales del fascismo. En todo caso, para Gentile, lo que hace único al fascismo histórico es que fue un fenómeno político nuevo, antidemocrático y antiliberal, el primer movimiento nacionalista y revolucionario organizado por un partido milicia a partir de una ideología basada en el pensamiento mítico «que afirmaba la primacía absoluta de la nación con intención de transformarla en una comunidad orgánica étnicamente homogénea, organizada jerárquicamente en un Estado totalitario» (p. 153). Contrariamente a Hannah Arendt y también a John Gray, Gentile sostiene que el fascismo sí fue un régimen totalitario en la medida que buscó una politización integral de la existencia a través de una revolución permanente «para regenerar al ser humano y crear un hombre nuevo» (p. 156). Este dato es clave, pues nunca se insistirá lo suficiente en el desprecio de los líderes fascistas por el pueblo italiano y la obsesión de Mussolini por corregir los vicios que atribuía a los italianos. Es, además, un apunte definitivo para establecer la diferencia con el presente, en que abundan los actores políticos que apelan a un pueblo virtuoso abandonado por una élite corrupta. La distancia con el fascismo histórico es, en este punto, definitiva:

¿Puedes imaginar a cualquier dirigente populista de nuestro tiempo declarando públicamente que considera al pueblo un cuerpo viciado y corrupto, que debe ser curado a través de una férrea disciplina, para ser regenerado y adecuado al modelo humano imaginado por el dirigente populista, ya sea Berlusconi o Renzi, Salvini o Di Maio, Orbán o Trump? (p. 164).

Hay una segunda idea en este libro que anima a examinar con más detalle la historia de Italia, así como la biografía de Mussolini. «Desde el punto de vista organizativo, cultural e institucional, el fascismo era la resultante de muchos componentes, que en Mussolini tenían, por así decir, su síntesis, pero sin agotarse en su persona» (p. 40), afirma Gentile. Y así, en efecto, al examinar los años posteriores al Resurgimiento o unificación de Italia, el historiador saca a la luz un abigarrado conjunto de circunstancias: la violencia de los escuadristas (excombatientes de la Gran Guerra frustrados por las promesas incumplidas de los Gobiernos de Italia); la constitución de los Fasces de Combate en el Partido Nacional Fascista en 1921; la retirada al Aventino o el abandono del Parlamento de liberales, populares católicos y socialistas reformistas en 1924 como protesta por el asesinato del socialista Matteotti, etc. Sin embargo, lo que llama la atención es que lo que empezó siendo, por influencia de Mussolini, un movimiento antiparlamentario de excombatientes que se reivindicaban como los auténticos representantes de la nación terminara transformándose en el partido único, de masas,



antidemocrático y racista que ha pasado a la historia, comandado por el mismo hombre que, en 1919, insistía en dirigir un movimiento democrático, reformista, aristocratizante, libertario y antipartido. Gentile no lo expresa de esa forma, pero resulta posible que el pragmatismo y la falta de prejuicios que Mussolini atribuía al fascismo en una obra de 1920 lo llevara a mutar de tipo individualista y anarquista a Duce estatalista y totalitario, aprovechando el crecimiento del escuadrismo como movimiento de masas y la formación de bandas armadas (pp. 148-150). Por eso:

En los acontecimientos del fascismo de 1920 hasta la conquista del poder, Mussolini no fue un Duce que precede, sino más bien un Duce que sigue y se adecúa a la voluntad de los jefes fascistas del escuadrismo... Solo después de 1926, ya suprimidos todos los demás partidos, Mussolini consiguió imponerse definitivamente como Duce supremo en la cúspide del partido y del régimen fascista (pp. 151-152).

Una última idea provechosa del libro se refiere a la actual crisis de la democracia en el mundo, un asunto que ocupó a Gentile en su obra *La mentira del pueblo soberano en la democracia* (2018), igualmente escrita en forma de autoentrevista. Muchos comentaristas creyeron ver parecidos entre el ascenso de Movimiento 5 Estrellas y Liga Norte al poder en 2018 y la llegada de Mussolini en 1922, lo que activó por enésima vez la alarma por la reencarnación del fascismo. Pero Gentile cree que sobre las democracias actuales se ciernen peligros muchos más serios, que podrían resumirse en la transformación de este régimen:



En una democracia recitativa, en la que al pueblo soberano se lo llama periódicamente para que ejerza el derecho al voto, como una comparsa que entra en escena solo en el momento de las elecciones para volver luego de nuevo tras los bastidores, mientras que en el escenario dominan castas, oligarquías y camarillas generadoras de desigualdades y corrupción.

Es lo que sucede cuando el método democrático, es decir, la elección de los gobernantes por parte de los gobernados, se disocia del ideal democrático, es decir, de la creación de una sociedad de ciudadanos libres e iguales en la que cada uno pueda desarrollar su propia personalidad, sin discriminaciones de ningún tipo y respetando a los demás (p. 198).

Esta idea aparece hacia el final de *Quién es fascista* y es más un esbozo que un razonamiento sostenido con argumentos de calado. Sin embargo, en su armazón remite a algunas regularidades de lo político que el lector interesado reconocerá con facilidad: la ley de hierro de la oligarquía, descrita por Dalmacio Negro en un libro del mismo nombre, o la anaciclosis enunciada en *Historia de Roma*, de Polibio... Y también, claro, cierto idealismo vinculado a la tradición del liberalismo social o progresista, que no por poco elaborado resulta menos sugerente.

Por Juan Pablo Serra
Universidad Francisco de Vitoria

@ j.serra.prof@ufv.es

0000-0002-3226-7207